NO SE LO MERECEN

Yo era muy guapa cuando me trajeron aquí. Lo sé porque todo el mundo lo decía. Tenía el pelo largo y brillante y una cola como un plumero, de la que me sentía muy orgullosa y siempre llevaba muy tiesa para que se viera bien.

Estaba feliz porque iba a vivir en el campo, donde tendría libertad para ir y venir, tomar el sol, cazar algún que otro ratón... Y además había muchos niños con los que podría jugar. En realidad, pensaba que había sido afortunada.

Los primeros días sí jugaban conmigo; claro, era la novedad. Pero luego la cosa cambió y la realidad se impuso con toda su fuerza.

De ser un animal querido o, por lo menos, mínimamente atendido, pasé a ser despreciado. No sé por qué, ya que yo no había hecho nada malo. Si intentaba entrar en la casa, me echaban a patadas; si trataba de acercarme a alguno de ellos, me apartaban de un manotazo. Nunca me acariciaban, ni me hablaban y yo me sentía muy sola.

Siempre estaba en la calle, ya he dicho que yo tenía prohibida la entrada en casa, así que me quedaba en la puerta para tener más cerca su compañía. En verano no me importaba, pero en invierno lo pasaba muy mal, sobre todo cuando llovía. Aunque encuentres un sitio donde el agua no te cae por arriba, te mojas por abajo, y hace mucho frío. Ni siquiera tenía una simple caja de cartón donde poder refugiarme.

Siempre he pensado que hay personas que no se merecen tener animales, y animales que no se merecen los amos que tienen; cada uno que saque la conclusión que pueda, pero estoy segura que en este caso es así. No porque yo sea buena (que lo soy), si no porque ellos son malos.

Dicen que no me quieren porque me comí a mis hijos. Es verdad, pero estaban muertos y yo tenía muchísima hambre, ¿qué otra cosa podía hacer si no me daban de comer? Ya no recuerdo ni cuántos hijos he tenido ¡han sido tantos!, dos o tres camadas por año y mi cuerpo ya no puede más.

Me iría de aquí si tuviese fuerzas para hacerlo, y si no estuviera esperando que volvieran mis cuatro gatitos, aunque hace dos días que no los veo. Siempre desaparecen,

no solo estos, también todos los anteriores. No sé dónde estarán, aunque en cualquier sitio mejor que aquí...

Antes también había una perra y se fue. Hizo bien, porque siempre la tenían atada en la parte de atrás de la casa donde no veía a nadie. Llamaron a la veterinaria porque no comía y dijo que tenía depresión, que necesitaba un poco más de atención y cariño, juego y compañía. Yo también lo necesitaba, pero nadie me tenía en cuenta. Le hicieron caso dos o tres días y en la primero oportunidad que tuvo se largó. Me alegro por ella. Ahora hay otra que va por el mismo camino, siempre encerrada y cada vez le van haciendo menos caso.

Los fines de semana se van a la playa, y estamos dos días sin agua ni comida. Total, por dos días... No nos quieren, estoy segura, sobre todo a mí.

El otro día me peleé porque intentaron quitarme un pájaro que me estaba comiendo y, claro, perdí yo. Tengo todo un lado de la cara en carne viva, pero a nadie le importa. Bueno, a una persona sí. La veterinaria, que es vecina mía, el otro día me vio y se quedó horrorizada. Yo ya llevaba una semana así, aunque ella no lo sabía. Como vio que mis dueños no me hacían caso, al día siguiente vino (ellos estaban en la playa) y me curó. También me trajo comida ¡qué hambre tenía!, y me acarició. Eso era lo que más falta me hacía ¡necesitaba tanto que alguien me hiciera sentirme viva! Es que antes era como un fantasma, porque nadie me veía ni se fijaba en mí.

Ahora ya no soy guapa. Se me notan los huesos por todos lados de lo delgada que estoy. Mi pelo ya no es largo y brillante, está áspero y sin brillo y mi cola, tan preciosa antes, es un palo seco con cuatro pelos a cual más feo.

No sé cómo acabará esto, pero, si no salgo pronto de aquí, presiento que será muy mal. No sé si alguien lo lamentará; mis dueños, desde luego, no.

Aunque mi primer impulso fue coger a esta gatita y buscarle un hogar donde la cuidaran, conseguí controlarme y hablar con los propietarios. Ahora tiene pienso y agua a su disposición (excepto los fines de semana), ha engordado un poquito (antes pesaba menos de un kilo) y la herida de su cara está prácticamente cicatrizada. No sé si la mejoría continuará, pero sí que al año que viene volverá a traer gatitos a este mundo, porque según los dueños “es una guarra que siempre se va con los gatos, y no pienso gastarme un duro porque ella sea una viciosa”. Sin comentarios.